

podemos decir con tanta certidumbre como esperanza: el Galileo hace un ataud, y es el ataud del racionalismo. Y á vosotros todos, hijos de este siglo, mal instruidos por las miserias de los errores pasados, y que buseais fuera de Jesucristo el camino, la verdad y la vida, el galileo hace un ataud contra vosotros, y es el de todas vuestras mas preciadas concepciones. Y siempre será así; pues el Galileo nunca hace mas que dos cosas: vivir él, y luego, ya con sangre, ya con el olvido, ya con ignominia, echar en el sepulcro á todo lo que no es él.

## SERMON CUADRAGÉSIMO CUARTO.

### **De los esfuerzos del racionalismo para explicar la vida de Jesucristo.**

En vano se ha esforzado, pues, el racionalismo por destruir y desfigurar la vida de Jesucristo. Jesucristo está en pié; el poder de la historia le protege contra todos esos ataques y le mantiene. Ha sido por tanto necesario que el racionalismo tentase el postrero y soberano esfuerzo para explicar á lo menos esa vida que no habia podido destruir ni deshonar. Nosotros los católicos explicamos la vida de Jesucristo, explicamos el triunfo que ha alcanzado, el mayor de todos, esa formacion en los entendimientos de la certidumbre racional de la fe, esa formacion de la santidad en el alma por medio de la humildad, la castidad y la caridad, esa formacion en el mundo de la sociedad espiritual, una, universal y perpetua, la explicamos con esta sola palabra: que Jesucristo es el Hijo de Dios. Mas cuando no se la explica de este modo, cuando se supone que Cristo no es mas que un hombre, es preciso no obstante darse la razon á sí mismo de ese triunfo, el mayor que se obtuvo jamás, y que es el suyo. Ahora bien, como fuera del poder de Dios no hay otro poder que el del hombre, si Jesucristo no obró por el poder de Dios, es preciso que obrase por el poder del hombre. Pero siendo el poder del hombre en sus resultados evidentemente inferior á lo que Jesucristo ha hecho, siguese que debe buscarse en el hombre cierta raiz de poder, que en casos raros puede mostrarse de repente y explicar lo que fué y lo que hizo Jesucristo. Es decir, que no siendo Cristo el hijo de Dios, no es tampoco, segun él decia, el hijo del hombre; no es el hijo de Dios, ni el hijo del hombre, es el hijo de la humanidad, el fruto ilustre de esa accion sorda y progresiva que es la vida de la humanidad, y que en ciertos momentos fásticos, se abre en cierta manera, se dilata, saca de su seno un ser extraordinario, y le coloca en una gloria, donde todo lo que vendrá despues le confirme, hasta que la humanidad, preñada siempre del porvenir, se halle mal representada por ese ser heróico y soberano

que ha producido; y un día, saludándole aun con una mirada pos-  
trera, le baje á tierra y le diga: Adios.

A refutar este sistema voy á consagrar nuestra última conferen-  
cia de este año. Hecho esto, habiéndoos manifestado todo lo rela-  
tivo á la constitucion y al carácter, así de la Iglesia como de Cristo,  
no nos restará mas que entrar en la doctrina misma de la Iglesia y  
de Cristo, para exponérsela en la plenitud de su enlace; despues de  
lo cual podremos reposar, vosotros, señores, de vuestra atencion,  
y yo del placer de haberos enseñado tanto tiempo.

Tres cosas hay que explicar en la vida y el triunfo de Jesucristo:  
su doctrina, que al parecer aventaja á todas las demás; la fe que  
dió el mundo á esta doctrina; y en tercer lugar, la reunion de esa  
doctrina y de esa fe en un cuerpo gerárquicamente constituido, que  
es la Iglesia. Ahora bien, este triple fenómeno se explica, dicen,  
fácilmente por el estado general de las doctrinas, de los espíritus y  
de las naciones en el momento en que apareció Jesucristo. En pri-  
mer lugar, por el estado general de las doctrinas: comunmente se  
representa la de Jesucristo como una doctrina nueva, desconocida,  
creadora, como una cosa que no tenia ni raíces ni modelo en lo pa-  
sado; esto, segun el racionalismo, es un error palpable. Nunca ha  
estado el género humano sin doctrina, porque esta es una parte nece-  
saria de su vida. Que atraviere el mundo algun idiota, satisfecho en  
el desórden del orgullo y de los sentidos, sin curarse de las doctri-  
nas, cual pasa y desaparece un grano de polvo arrebatado por el  
viento, nadie lo contradecirá. Pero la humanidad tiene otras volun-  
tades y otros destinos. Es preciso que conozca, que busque, que  
se dé razon de sí misma y del universo; que tenga una fe, y en  
realidad, nunca ha vivido sin este elemento espiritual. Así como  
ella cava la tierra que le sustenta, y escudriña el cielo que le cubre,  
así remueve el suelo fecundo de las doctrinas, para tomar en ellas  
un alimento que ella juzga divino. Este trabajo no es menos vivo en  
ella que el trabajo exterior y el científico, y todos juntos forman el  
tejido de una accion que nunca se desalienta. Ahora bien; tres lu-  
gares habian sido principalmente su teatro antes de Jesucristo, el  
Oriente, el Occidente, y la Judea, que era el nudo de entrambos.

El Oriente conservaba la doctrina bajo esta forma: que el hom-  
bre estaba decaído, y que tenia necesidad de una expiacion para  
volver á un estado mejor, expiacion que favorecian de ciclo  
en cielo encarnaciones misteriosas de Dios. La encarnacion oriental,  
la expiacion oriental, la metempsicosis ó la prueba oriental, nada hay

mas célebre en la historia de las doctrinas y basta presentar á vues-  
tra mente esos términos, para que al instante, penetrando en  
lo interior de la India, volvais á encontrar en ella vivo todavía este  
órden de ideas. En cuanto al Occidente, habíase efectuado en su  
seno un trabajo de distinta naturaleza. Bajo el imperio de una  
discusion libre, habíase despojado mas de los mitos pasados;  
buscaba una sabiduría, que se fundase menos en la tradicion  
que en los datos de la razon pura; y Platon habia sido el  
instrumento mas memorable de estas exploraciones de la inte-  
ligencia humana. Habia comprendido que Dios estaba en comu-  
nicacion con el hombre, no solo por medio de tradiciones alteradas  
ó perdidas, sino por la efusion perpetua de su Verbo en nosotros, el  
Verbo divino, el *logos* eterno, la razon absoluta, de quien nuestra  
razon y nuestro Verbo son la transparente imágen; de manera que  
contemplando sus propias ideas, el hombre ve como en un espejo  
las mismas ideas que están en Dios y forman allí el Verbo primero.  
Y esta teoría de la manifestacion de Dios por su Verbo, del que el  
Verbo del hombre es solo el diminutivo y el reflejo, habia llegado á  
ser el punto mas elevado de las doctrinas de la Grecia y del Occi-  
dente. Por su parte, el pueblo judío habia conservado con particular  
fidelidad el dogma de la unidad de Dios, el de la creacion y además  
cierta esperanza de la unidad fundamental del hombre, que debia  
realizarse algun dia tal como existia en la familia original.

Este era evidentemente el estado general de las doctrinas en tiem-  
po de Jesucristo, y estas doctrinas, aisladas por mucho tiempo  
cada una en su lugar, se habian encontrado al fin á consecuencia de  
las conquistas de Alejandro y de las invasiones de Roma hasta en  
Asia. El Oriente, el Occidente, la Judea, y con ellos los braema-  
nes, los profetas, las Sibilas, los sabios, todos los documentos,  
todos los esfuerzos de lo pasado se habian citado, al parecer, al pié  
del trono de Augusto, el dia en que cerró para el mundo las puertas  
proféticas del templo de la guerra. En aquel mismo instante nacia  
Jesucristo. Dotado de un genio que corespondia á las circunstancias  
admirables de su siglo, vió de una ojeada segura la confluencia de  
las doctrinas; distinguió en su reunion mas que un encuentro casual,  
descubrió en ella los gérmenes de una profunda unidad, y persua-  
dióse de que satisfaciéndolas á todas, ingertando el Oriente en el  
Occidente, el Oriente y el Occidente en el trono hebráico, llegaria  
á una doctrina que á lo menos subyugaria en las varias partes del  
mundo infinitas inteligencias. Puso por fundamento el dogma

oriental de la caída, y declaró que él, encarnación postrera, superior á todas las que habían precedido, venía para expiar definitivamente la culpa del género humano, y restituir á los hombres, al par de su pureza nativa, todos sus derechos de nacimiento. Después, como la encarnación oriental estaba deshonrada con muchos elementos fabulosos, apoyó la idea de la suya en aquel verbo de Platon, que había separado del mito tradicional la comunicación de Dios con el hombre, reduciéndola á una comunicación permanente de ideas en el mismo fondo del entendimiento. Declaró que era el Verbo de Dios, la razón de Dios, el que por su naturaleza iluminaba á todo hombre que viene á este mundo, y que por la presencia efectiva de su personalidad, por la luz exterior de su palabra, traía al entendimiento una visión más completa de la verdad. En adelante el Verbo divino se hallaba en presencia del verbo humano; la imagen no tenía más que mirar al modelo; la consecuencia no tenía más que consultar el principio, para que de esta confrontación de lo interior con lo exterior, de la luz, naciera la suprema iluminación del género humano. De este modo se aliaba á Platon con los brahmanes de la India, al Occidente con el Oriente, y finalmente, para satisfacer á las ideas hebraicas, además de presentarse Jesucristo como el Mesías, aceptaba también los dogmas de la unidad de Dios y de la creación, inscritos en la primera página de la Biblia, y que eran como el patrimonio especial del pueblo hebreo.

Tal fué, señores, según el racionalismo, el tema de Jesucristo, la manera como se formó su doctrina y la causa eficiente de su triunfo doctrinal. No fué creador, sino ecléctico; su triunfo no fué un triunfo de creación, sino un triunfo de fusión. Antes de examinar lo que hay de esto, comparando las doctrinas cristianas con las doctrinas de la antigüedad, sepamos primero cómo se presentó Jesucristo. ¿Se presentó como creador? ¿Dijo, yo soy el inventor de la verdad? No, señores, dijo: *Yo soy la verdad* (1). Dijo: *No he venido á abrogar la ley, sino á darla cumplimiento* (2). Lo que significa: Yo soy la verdad de todos los tiempos y lugares; yo soy esa verdad que estaba en el seno del Padre, que se aparecieron los patriarcas en la inocencia del paraíso terrenal, que conocieron los patriarcas sus sucesores, que recibió y promulgó de nuevo Noé al descender del arca, que vio y oyó Abraham en los campos de la Caldea y de la Siria, que recogió Moisés á los pies del Sinaí grabada por la

(1) S. Juan, cap. 14, vers. 6. — (2) San Mateo, cap. 5, vers. 17.

mano de Dios; yo soy esa verdad que es la primera y la última, y sin la cual nunca el hombre ha podido pasar totalmente. Esto es, señores, lo que Jesucristo dijo de sí, y lo que la Iglesia dice todavía de él todos los días. Jesucristo no buscó ni nosotros le buscamos un triunfo de creación; nunca hemos pretendido que el cristianismo comenzara con la aparición de Cristo en tiempo de Augusto; dar al cristianismo un carácter de novedad hubiera sido perderle. Desde el primer día del mundo, desde la primera palabra de Dios, desde la primera luz divina que hubo en nuestra alma, Cristo era el que obraba, hablaba y se revelaba, y esta revelación se propagó por toda la tierra con la dispersión de las ramas primordiales del género humano.

No obstante, al lado de este fenómeno de la propagación primitiva y universal del cristianismo, comprendamos que se verificaba otro muy diferente, quiero decir, la alteración y corrupción progresivas del cristianismo por el olvido, el raciocinio y la infidelidad. De esta suerte traía Jesucristo al mundo algo que aunque no era nuevo, era una cosa que el mundo no conocía ya sino por esperanzas mal definidas y recuerdos desfigurados. Y comenzando por el Oriente, es verdad que el Oriente había conservado la idea de la caída, de la expiación, de la intervención divina para reparar al hombre; pero el Oriente había ahogado esta idea entre dos absurdos, el panteísmo y la metempsicosis; afirmando entrambos que la purificación del hombre tenía por objeto y efecto la vuelta del hombre á la misma sustancia de la Divinidad, de donde había salido, y que tras siglos de pruebas más ó menos largas, el estado final de la humanidad sería el reposo eterno y absoluto de una deificación completa. Pero ¿admitió Jesucristo esta doctrina? ¿Transigió con el Oriente sobre la metempsicosis y el panteísmo? No, señores, antes bien enseñó todo lo contrario, y nos dijo: No sois absolutamente más que un nada que respondió á la palabra creadora de Dios; y vuestro destino, aunque grande, no es llegar á Dios por la confusión de sustancia con él, sino por la simple visión. Algun día le veréis, si habeis creído en él; le poseeréis presente, si le habeis amado ausente; pero vuestra naturaleza y vuestra personalidad subsistirán ante él. El panteísmo os ensalza y abate demasiado á un mismo tiempo; os ensalza demasiado, prometiéndoo ser una misma cosa sustancialmente con Dios; os abate demasiado, robándoos vuestra naturaleza propia y vuestro principio de distinción. No están ahí vuestro lugar y la verdad.

Dios y el hombre son dos cosas por siempre, dos por su esencia, dos por su personalidad, dos por su amor; porque Dios hizo al hombre por amor, y si el hombre corresponde á ese amor que fué el primero en buscarle, ese mismo amor le recompensará eternamente. Si por el contrario, el hombre es desleal é ingrato, el amor le rechazará eternamente.

Decidme, os ruego, señores, ¿era este el dogma oriental, ó era su contradiccion?

Y en cuanto al Occidente, se habla de Platon. Pero en primer lugar, ¿Platon era acaso todo el Occidente? ¿Reasumia en sí el Occidente? ¿Por ventura, Aristóteles, Epicuro, Zenon, Pyrron, no existian con el mismo título, y sus doctrinas no compartian, con las de la Academia, el imperio de las inteligencias? Diréis que Platon fué la expression mas elevada de las doctrinas de la sabiduría occidental; no lo negaremos, y al ver lo que pensaba, veamos lo que le debe Jesucristo. En el órden metafísico, Platon creia en la eternidad de la materia y del caos, poniendo al mundo en presencia de Dios como una sustancia inferior, pero paralela é increada; en el órden moral, negaba la existencia del libre albedrío, y afirmaba expresamente que nadie es voluntariamente malo, porque todo error tiene por principio un error indeliberado del entendimiento. Dualismo y fatalismo, hé ahí ese Platon tan admirado, que yo mismo he alabado, á quien alabaré todavía; hombre con efecto admirable, que sepultado como los otros en la luz casi extinguida de la antigüedad, entrevió acá y allá la sombra de lo verdadero, le arrojó de lejos gritos penetrantes, como si lo hubiera reconocido, y sin poder traerlo á sí, cubrió sus deseos y pesares con esa real vestidura que ha hecho el embeleso de sus pensamientos, la belleza de su discurso y la magestad de su renombre. Ningun sabio le igualó jamás en la invocacion de la verdad; ninguno presintió mejor su porvenir; ninguno vistió la dudosa luz del error con una púrpura mas brillante y mas propia para consolar al alma de no estrechar mas que un sueño. Pero hacer de él un antepasado de Jesucristo y considerarlo como el vínculo que unia al Evangelio con el Occidente, es en verdad esperar sobrado de su gloria. Jesucristo negaba el dualismo y el fatalismo platónicos, como negaba el panteísmo y la metempsícosis de la India; y si se llamó el Verbo, Hijo de Dios, esta expresion dependia de un misterio que Platon no conoció, el de una triple personalidad en la sustancia una é indivisible de Dios.

A su vez, los judíos, aunque poseedores del cristianismo primitivo y de la esperanza del Mesías, habian corrompido este depósito en sus inteligencias, haciendo de la verdad cristiana, que es el patrimonio de todos, su herencia particular, sustituyendo la idea de la ley á la idea de la fe, Moisés á Cristo, lo personal á lo universal. Esto es lo que les echa en cara San Pablo en la epístola á los romanos, en que se afana tanto por explicarles la inferioridad de la ley á la fe, cómo Cristo era el principio de salvacion desde el tiempo de Abraham, y cómo las obras de la ley, entendidas y practicadas fuera de Jesucristo, eran una causa de muerte. Los judíos se mostraban rebeldes á este enérgico lenguaje; cubiertos ya enteramente con la sangre libertadora y aun en comunion con ella, persistian en venerar el ídolo que elevaba su amor propio nacional al rango de un deber y una virtud, y les persuadia que el judaísmo iba á subyugar el universo. Esto era cierto en el sentido cristiano, pero en el suyo era falso. Jesucristo tenia, pues, que combatir á la Judea no menos que al Oriente y al Occidente. Y si quereis ver aun mas claro que la doctrina cristiana no fué un triunfo de fusion, sino de contradiccion, contradiccion al Oriente, contradiccion al Occidente, contradiccion al pueblo hebreo, no teneis mas que considerar el panteísmo tal como el Oriente lo ha conservado, el judaísmo tal como lo entienden aun los restos de Israel, y el platonismo tal como se le ha resucitado á nuestra vista.

El panteísmo vive en la India; la India es hoy, como antiguamente, su tierra predilecta; allí vive bajo las mismas formas y en las mismas doctrinas que en tiempo de Jesucristo. Ahora bien, ningun país y ningun sistema han opuesto mas resistencia al apostolado cristiano. Hé ahí ya tres siglos que tenemos abierta la gran península índica; muchas naciones europeas han reinado allí juntas y sucesivamente; la Inglaterra es hoy su soberana; la tenemos bajo las garras de nuestra dominacion por nuestros misioneros y nuestras armas, y en ninguna parte, ni aun en esa China que nos está cerrada, ha alcanzado menos triunfos la accion de Jesucristo. El brahmanismo ha resistido al ejemplo y á la discusion; ha sido de granito para la verdad, á la manera de una cosa que es incompatible con otra, y la repele tanto mas cuanto mas se aproxima á ella. Hanse dado muchas razones de esto, tales como el régimen de las castas y la aversion que de aquí resulta hácia nuestros principios de igualdad. Acaso tambien el brahmanismo, á causa de las mismas tradiciones que ha conservado sobre la caida y la

reparacion, ha sido menos sensible al misterio de la Redencion por la sangre de Jesucristo, á la manera que se ven almas en quienes la posesion de cierta medida de verdad sirve de un invencible obstáculo á la adquisicion de la restante. Esta es con frecuencia, señores, la situacion del hombre de bien, cuando tiene la desgracia de no ser cristiano; su probidad le tranquiliza contra Dios, en tanto que el malvado, al mirarse, nada encuentra en si que le alucine. Por esto decia Jesucristo: *Las mujeres á quienes llamais perdidas os precederán en el reino del cielo* (1). Con efecto, están cerca del bien á fuerza de estar lejos, tocan por la humillacion á los piés de Jesucristo, y el que está á los piés de Jesucristo se halla muy cerca de su corazon. Lo mismo sucede acaso con esas naciones que han perdido toda la verdad; sienten la necesidad de reconquistarla, al paso que las que aun conservan sus reliquias, enorgulleciéndose con lo poco que tienen, desprecian el deseo y la pesquisa de lo que les falta. Como quiera, el panteismo indiano no ha mudado; es tal hoy como era en el siglo de Augusto, y sea cual fuere la causa de su insensibilidad para con Jesucristo, siempre es una prueba de cuán quimérica es la fusion de doctrinas con que se quiere explicar la formacion del dogma cristiano.

El espectáculo del hebraismo viviente, nos conduce á la misma conclusion. Y por lo tocante al platonismo, Dios ha permitido que resucitara en nuestros dias, para que al verle obrar pudiéramos juzgar de su simpatía doctrinal hácia Jesucristo. Ya comprendéis la escuela á que aludo; sabéis cómo esta escuela ha resucitado el dualismo platónico, descartando de su filosofía el dogma fundamental de la creacion del mundo por Dios, y sabéis igualmente lo que es en sus manos todo el resto del cristianismo. En la literatura contemporánea no tenemos enemigos mas declarados que los amigos de Platon. Sea, pues, que consideremos al panteismo, el hebraismo y el platonismo, todos los tres subsistentes ante nosotros como en el tiempo de Jesucristo, fácil nos es juzgar que el cristianismo no fué el resultado de una fusion entre todas las doctrinas del antiguo mundo, sino una obra de renovacion y de contradiccion. El Evangelio lo ha renovado todo, porque todo habia sido olvidado; lo ha contradicho todo, porque todo habia sido negado ó desfigurado; ha tenido por contrarias á todas las doctrinas, porque á todas las ha desconocido y rechazado. Y tal como era en lo anti-

(1) San Mateo, cap. 21, vers. 31.

guo, tal es hoy bajo este aspecto. La intolerancia dogmática de que se le acusa, define su naturaleza y prueba su originalidad.

Pero el triunfo de Jesucristo no ha consistido solamente en la vigorosa y autochtona formacion de su doctrina; ha sido tambien un triunfo de fe. Una doctrina es nada mientras no ha tomado posesion de los entendimientos por medio de una fe que la da vida y accion. ¿Cómo creyó el antiguo mundo en Jesucristo? ¿Cómo fué que así los hombres del Oriente como los del Occidente, los sabios como los sencillos, y en fin, las naciones, abdicaron las doctrinas que habian recibido de lo pasado para hacerse discípulos de un judío crucificado en Jerusalem? El racionalismo lo explica de esta manera. Segun él, en la época de Augusto el espíritu humano estaba fatigado. Por una parte no aceptaba las doctrinas antiguas, y por otra como la filosofía no fundó nada, habia resultado de aquí una doble laxitud de la inteligencia, laxitud de la religion pública, laxitud de los esfuerzos impotentes de la filosofía. Vagaba el hombre por el vacío y á la ventura, invocando una fe nueva. Vino Jesucristo, y delante de aquel mundo agotado y enteramente preparado, inauguró una afirmacion que no ofendia mas que á medias al sentido general; le escucharon, habia necesidad de creer, y se le creyó.

En cuanto á mí toca, señores, yo no creo casi en ese Génesis de la fe cristiana. Cuando una época ha perdido la fe, no es tan fácil volvérsela; y de ello tenemos hoy alguna prueba. En tiempos semejantes, invade el racionalismo todos los corazones y nunca está convencido de su impotencia, ni cansado de sí mismo. Si cuatro ó cinco siglos de esfuerzos inútiles, antes de Jesucristo, le hubieran desalentado, hoy, que cuenta mil ochocientos años mas de vanas tentativas, debiera estar en visperas de abdicar. ¿Y piensa en ello? ¿No le vemos mas afirmativo, mas arrogante, mas seguro de sí que nunca? Lo mismo sucederá de aquí á mil años. Al cabo de mil años, nuestra posteridad verá subir algunos maestros á las cátedras de aquel tiempo, y decirla con imperturbable aplomo: Señores, vamos, vamos á crear la filosofía, ó á lo menos, si no tenemos este honor, tocamos ya al siglo afortunado que echará los últimos cimientos. Tal es el racionalismo. Ninguna experiencia le ha disgustado ni le disgustará nunca de sí mismo; renace de sus cenizas, ó mas bien, no vive ni muere; niño crédulo que aspira á la madurez sin salir nunca de su cuna. No nos admiremos; parte de un principio que excluye la vida, porque excluye la fe, y sin embargo, la

fe le mataría. No puede elegir mas que la muerte, y prefiere naturalmente la que le deja la apariencia de ser algo, siquiera sea una duda y una negacion. El racionalismo es incorregible, porque corregirse es para él no existir ya.

Concediendo, pues, que el estado general de los espíritus en el siglo de Augusto fuera el vacío y el cansancio, no se habría explicado con esta observacion la propagacion de la fe cristiana que se verificó entonces con tanto vigor y rapidez. Pero no admito que fuese tal, en tiempo de Augusto, el estado general de los ánimos. No hay duda que la idolatría habia caído en el desprecio de gran número de hombres ilustrados; pero el pueblo no la despreciaba. El espíritu popular era simpático á la idolatría, que encerraba entonces mas que nunca todos los recuerdos que endoraba la muchedumbre, y todos los espectáculos de que esta necesitaba. El espíritu político favorecia tal tendencia, y apoyaba la idolatría como una necesidad del Estado. Y verdaderamente se vió bien cuál era en este punto el espíritu popular y el espíritu político, cuando Jesucristo vino en fin á pedir á Roma aquel derecho de ciudadanía que Roma no habia negado á ninguno de los dioses á quienes venciera. ¿No se sabe cuál fué su respuesta? ¿Se ignora que respondia á los mártires de Cristo, en los anfiteatros, con el insulto y los gritos de muerte? Mientras los emperadores y procónsules daban sentencias contra ellos en nombre del espíritu político, el pueblo daba tambien las suyas segun la forma y el poder que le son propias. El imperio derramaba la sangre; el pueblo la reclamaba, y despues de haberla obtenido, la arrojaba al rostro de Cristo. Y detrás del imperio y del pueblo, el racionalismo, formando la retaguardia de la idolatría, empapaba ardientemente su pluma en las fuentes del error. Véase á aquellos platónicos tan celebrados por su espiritualismo, desgarrar el Evangelio frase por frase, torturarlo, maldecirle; véaseles volver á su amor á Júpiter y á todos sus viejos dioses; componerles genealogías, consagrarles toda una filosofía nueva, llevarles ofrendas, y emplear todo linaje de medios, sarcasmos, prácticas, cuanto podia ser contra el cristianismo un ultraje ó un argumento. ¿Es esto á lo que se llama laxitud de los espíritus? ¿Es esta la conjuracion tácita de los tiempos en favor de Cristo? ¡Ah! Cuando Jesucristo por fin hubo conquistado la fe del mundo, y se dejaron ver en Nicea los sucesores de los Apóstoles, pudo verse en sus semblantes mutilados si venian de la paz ó de la guerra; si eran hijos del favor ó de la persecucion; si el espíritu popular,

el espíritu político, el espíritu racionalista habian sido sus servidores, y lo que valen esos sistemas concebidos fuera de tiempo, en que se explica la vida del paciente por la buena voluntad del verdugo que no ha hecho mas que martarlo. Juliano, á lo menos, dijo la verdadera frase: « ¡Venciste, Galileo! »

Volvemos á hallar pues aquí, como en la formacion del dogma cristiano, no el principio de la fusion, sino el principio de la contradiccion. Jesucristo contradijo á todos los espíritus, como habia contradicho á todas las doctrinas; venció á todos los espíritus, como á todas las doctrinas; esta es la verdad.

Sin embargo, no le bastaba aún fundar una doctrina y obtener la fe; no bastaba fundar una doctrina contradiciendo todas las doctrinas; fundar un espíritu de fe contradiciendo á todos los espíritus; érale además preciso fundar la Iglesia; es decir, una sociedad de hombres que viviesen de esa doctrina y de esa fe. Aquí el racionalismo, para explicar el éxito, invoca el estado general de las naciones. Expone que en tiempo de Augusto trabajaban á los pueblos dos necesidades: una necesidad de emancipacion, y una necesidad de unidad. Los pueblos habian sufrido unos tras otros el yugo de los romanos, y despojados de su independenciam, víctimas de la rapacidad creciente de los procónsules, espian con ojos atentos el progreso de la corrupcion romana, aguardando, como todos los esclavos, esa hora de debilidad que sigue inevitablemente á una prosperidad sin límites ni contrapeso. Esta hora se acercaba á pasos agigantados. Jesucristo venia, por su parte, á la misma hora puntualmente. ¿Y qué traia? ¡La elevacion á los pequeños, en la idea de un origen comun y de una santa fraternidad; la fuerza á los débiles, á las mujeres, á los niños, en la idea de un nuevo derecho doméstico; el socorro á los pueblos oprimidos, en la idea de una república universal fundada por el mismo Dios y gobernada por él. ¿Qué cosa mas mágica y mas segura de su efecto? Así, cuando apareció Jesucristo, y cuando hubo llevado el aire mismo de lo interior de la Judea hasta los confines del mundo su palabra libertadora, ¿con qué santa esparanza debió el género humano estremecerse, levantarse y mirar? ¿Qué hay de maravilloso en que mujeres, niños, jornaleros, esclavos, pobres, despreciados de toda especie y de toda patria, le formaran séquito arrojando á los piés de él sus vestiduras, agitando ramos á su paso, no una vez cuando entraba en Jerusalem la víspera de su muerte, sino aun despues de su muerte, no queriendo que hubiese muerto, y